

hasta Chile, que es como yo sé mi Geografía), de algo serviría la Oda, porque los sabios de Europa podrían así saber qué frutas había en el trópico en tiempo de don Andrés...

—A este don Andrés—dijo ella—que tradujo la «Oración por Todos» de Víctor Hugo, no le podemos perdonar en Chile lo mal que se portó con Bilbao. Don Andrés, que era Senador, le tenía envidia a aquel hombre que era el más atrevido intelectual nuestro, pero como aquél era amigo de los capitalistas, no quiso salvar a Bilbao, a la hora del destierro, él, que era el único que podía.

—Pues no olvide—repuso Estrada—que varios de nosotros hemos aprendido a conjugar según la nomenclatura de Bello.

Vasconcelos, incisivamente rápido, advirtió:

—Ahora ya no le pongo a una de las escuelas el nombre de don Andrés. Con eso que usted nos cuenta, ya no... Mejor será el de Montalvo, o el de Martí.

—Qué mal he hecho en hablar así, pero hay que decir la verdad—repuso Gabriela—. Martí es una de las voces que me han formado. Raras veces se presenta ese caso: el de un hombre de ideales, de acción, que hace obra de arte y hasta versos maravillosos, él, cuya vida fué un verso sin mancilla. Pero no hablemos de versos...

—Ya veo que los periodistas han dicho la verdad, ellos que pocas veces la dicen.

—Pues algunos han creído en Sud América que todo eso es «pose» mía. Cuando afirmo que me interesa más mi labor de maestra, no lo creen. La poesía se siente, pero no se discute. La poesía es en sí, pero el profesorado es algo humano, y también es poesía, es acción, es ideas en marcha. A mí me llama más la atención una alma que lo que ella dice en verso: hay almas más interesantes que lo que de ellas sabemos por medio de las letras de molde... En Cuba, por ejemplo, conocí a Raquel Catalá, sin renombre, pero qué criatura, tan alerta, tan atenta; se diría que escucha con los ojos y los labios. Cuando yo me despedí de ella fué con pena, porque hubiera deseado que hablásemos siquiera dos días. No parece cubana: más bien una mujercita de mi país, por la apariencia quieta, por el alma ardiente pero llena de dignidad.

Vasconcelos dijo:

—Yo tengo trabajando conmigo dos tipos de mujer: la que es intelecto puro, espíritu crítico que me sirve de mucho para la cátedra, y la otra que es acción, a quien nada le importa la literatura, el Arte, sino la vida y que yo llamo una «santa laica». Aquélla

no cree que hay en el mundo unos brazos misericordiosos que invisiblemente nos suspenden cuando estamos próximos a caer: sería incapaz de sacrificarse a favor de una empresa humana.

La aludida interpuso un comentario sobre sus días de Italia, para desviar

la conversación, y después de ponderar las maravillas del agua, la piedra y el aire, y de afirmar que allá hasta los tipos humanos parecen lienzos de los pintores célebres, habló de las ciudades.

—Ya lo ve—añadió Vasconcelos—el estilo, la preocupación del estilo; eso le atrae, eso es lo que vió.

—A mí me interesan más—exclamó Gabriela—los frutos de América que sus ciudades, porque una ciudad pues es una cosa vasta, múltiple, eso ya lo sabemos.

Estrada recordó a Vasconcelos que también él gustaba del estilo y que eso de atacarlo era una forma de realizarlo: su discurso reciente sobre Dante es un argumento a maravilla.

—Ya el estilo es algo. Yo he sufrido mucho para lograr cierta sencillez—decía Gabriela con su hablar lento y desdeñoso.—Pero siempre se nos conquistará con la música. Yo no creo que el verso, para el caso, vaya a desaparecer: es cierto que exige una concentración mayor del pensamiento, que es más limitación; y cuando he escrito «poemas en prosa», ha sido por pereza.

—Usted ya tiene un libro con sólo ellos. Aquí se ha dicho que viene a editar varios libros suyos,—insinué.

—Le han dicho mal. Yo tengo serio compromiso con mi editor chileno, quien tiene la propiedad exclusiva de ellos, menos la del que pronto, en agosto, me publicará el Instituto de las Españas de Nueva York, y que he titulado «Desolación», prosa y verso. No sé... tengo también unas «Rondas de Niños», que acaban de dar a conocer en «El Maestro»; y si yo hallara aquí un músico que me ayudase! Querría también escribir un libro de lectura en compañía de María Enriqueta, pero para niñas, porque en América seguimos en la creencia de que el mismo libro debe servir a mujeres y a hombres. ¿Qué es de María Enriqueta?

—Acaba de publicar «El Secreto», una novela. Verá usted qué simplicidad. Ya eso es definitivo. Usted y ella se parecen en muchas cosas. Ahora vive en Madrid y ha anunciado otro libro de poemas.

—¿Usted la conoce? Sé que la han olvidado, no los intelectuales, sino los otros y que no le ayudan a vivir en Madrid, y eso es cruel. Pues le decía, Valle, que Maturana me ha escrito música ¡y qué bien! Allá en mi país algunos me censuran que yo escriba para los niños y dicen que yo gasto mi tiempo inútilmente. Armando Donoso me lo reprochó una vez, pero Pedro Prado (que es casado y tiene cinco niños) me vengó y yo le respondí a Donoso que aunque se me diga que son chocheos, yo seguiré escribiendo para los niños. Hagamos obra que

México, a 9 agosto 1922.

Señor Rafael Heliodoro Valle  
El Universal Ilustrado.

Ciudad

Distinguido poeta:

*Por tantas ocupaciones de estos días, no he podido hacer la rectificación parcial de su entrevista, fina y amena, publicada en el Ilustrado.*

*Contiene ella varios errores, uno leve y dos graves. (La charla bullente del grupo ha tenido la culpa de estos yerros).*

*1º Al hablar de don Andrés Bello, dije yo que le respetaba pero no le quería, por no haber defendido o escudado con su alta autoridad moral a FRANCISCO BILBAO,—figura ésta de la democracia de mi país, que yo admiro calorosamente. Don Andrés desde su alta situación intelectual y social no podía envidiar a FRANCISCO BILBAO, muchacho, desconocido, pobre.*

*2º Cuando usted me aludió a los entretenimientos populares de aquí, entre otros a las corridas de toros, y me preguntó sobre el pueblo chileno y su alcoholismo, le contesté con mi franqueza de siempre que el vicio dominaba todavía a nuestro pueblo; pero no agregué palabra alguna que dijera falta de fe en su porvenir. Usted me lo ha oído otras veces: de las clases sociales de mi país, debo a la aristocracia una protección generosa: la de su defensa cuando se hizo campaña contra mi nombramiento para un liceo; pero la clase dentro de la cual me siento, aquella de la que espero más y a la que amo de corazón es la clase obrera.*

*3º La otra rectificación es de menor cuantía: su servidora hace versos, pero no lleva melena... (Agrego este detalle sólo para quitarle gravedad a las rectificaciones anteriores).*

*Mil gracias por las exquisitas gentilezas del artículo.*

*Un saludo cordial de su compañera.*

GABRIELA MISTRAL